

LECTURAS — SESIÓN 1

Bajo el Mismo Árbol · Club de lectura de ARTBOL

Eje 1: Poesía y cotidianidad · Martes 4 de agosto de 2026, 6:00 p.m. (Colombia) · Facilita: Beatriz Navas

Material de estudio para los participantes inscritos del club. Los poemas se reproducen con fines exclusivamente formativos y sus derechos pertenecen a sus autores y editoriales. La antología que el club publicará en la web recoge únicamente los poemas de los participantes y el análisis elaborado en las sesiones.

Cómo leer estos poemas antes del martes

No hace falta llegar a conclusiones. Basta leer cada poema dos veces: la primera de corrido, como lector; la segunda con lápiz, buscando de qué está hecho. En la sesión los desarmamos entre todos con estos nueve elementos:

tema · estructura · voz poética · personajes · estilo · tono · atmósfera · símbolos · figuras literarias

Si alcanzas a anotar una sola cosa por poema —un verso que te detuvo, una palabra que no esperabas—, ya llegas con material para la conversación.

1. Nilton Santiago

Poeta peruano nacido en Lima (1979). Autor de El libro de los espejos (Segundo Premio Nacional de Poesía Copé 2003; Ediciones Copé, Lima, 2005), La oscuridad de los gatos era nuestra oscuridad (Premio Internacional de Poesía Joven Fundación Centro de Poesía José Hierro, Madrid, 2012), El equipaje del ángel (XXVII Premio Tiflos de Poesía, Visor Libros, 2014), Las musas se han ido de copas (XV Premio Casa de América de Poesía Americana, Visor Libros, 2015) e Historia universal del etcétera (I Premio Internacional de Poesía Vicente Huidobro, Valparaíso Ediciones, 2019).

«El vacío como lenguaje, otra receta de la abuela de Andrea»

Clave de lectura: una cotidianidad extraña y fantástica.

La piel es un invento de la necesidad de tocarnos
—dices, mientras pones la mesa para la cena de esta noche
cuando aún es la hora del desayuno.
Estamos en la casa de Andrea,
una especie de lágrima de azúcar del tamaño del mar.
Andrea tiene el corazón lleno de sardinas,
como lo tenía su abuela cuando era niña
y creía que la luna era un vertedero de lágrimas.
Andrea dice que en su patria las sardinas vuelan sobre las nubes
confundidas entre hipocampos y mantarrayas.
Nadie sabe por qué.
Sólo se sabe que los más pobres entre los pobres
los pescan poniendo inmensas redes entre los árboles.
Andrea continúa:
en su pueblo no sólo hay centauros en las guarderías

(que lloran cuando ven el telediario)
refugiados sirios arrojados al mar,
refugiados libaneses cayendo en paracaídas sobre las bibliotecas,
sino también que hay gente que cree
que la soledad es lo único que nos hace parecidos a las estrellas.
Andrea ha cocinado unos espaguetis frutti di mare.
La receta es de su abuela,
una vieja de casi doscientos años que ha vivido dos guerras
ha perdido tres maridos y ha sepultado a todos sus hijos bajo un cerezo.
Yo no he dicho una palabra.
El silencio se expande sobre la mesa
como las mantarrayas entre las nubes,
como el corazón de los refugiados en una morgue de hipocampos.
¿No es cierto acaso que quién conoce su corazón está enfermo?
Me dice ahora Andrea, mientras recoge los platos.
No tengo ni idea, la verdad —le respondo—,
mientras le señalo la iguana que se esconde en mi corazón.
La única verdad es la nada,
la nada es el esqueleto de Dios
—dice Andrea,
mientras chupa una valva vacía de mejillón.

2. Mary Oliver

Poeta estadounidense (1935-2019). Ganadora del Premio Pulitzer (1984) y del National Book Award (1992). Su obra se caracteriza por la observación atenta y asombrada del mundo cotidiano.

«Singapur»

Clave de lectura: lo sublime dentro de lo cotidiano.

En Singapur, en el aeropuerto,
una oscuridad fue retirada de mis ojos.
En el cuarto de baño de mujeres, una división estaba abierta.
Una mujer de rodillas lavaba el fondo de la taza blanca.
Una desagradable sensación en mi estómago y busqué a tientas mi boleto en el bolsillo.

Un poema siempre debiera tener pájaros.
Un martín pescador, por ejemplo, con ojos audaces y alas relucientes.
Los ríos son placenteros, y por supuesto los árboles. Una cascada, o si no es posible,
una fuente que suba y baje.
Uno quiere habitar en un lugar feliz, en un poema.
Cuando la mujer me vio no pude interpretar su gesto.
Su belleza y su bochorno se mezclaban, y ninguno de los dos ganaba la batalla.
Ella sonrió y yo sonreí. ¿Tiene esto algún sentido?
Todos necesitamos un trabajo.

Sí, una persona quiere habitar en un lugar feliz, en un poema.
Pero antes debemos mirarla ahí abajo mientras atiende su labor,
que es en sí aburrida.
Con un trapo azul está lavando la parte superior de los ceniceros del aeropuerto,
que son tan grandes como las tapas de los basureros.
Su pequeña mano voltea el metal, frotando y enjuagando.
No trabaja ni despacio ni rápido, como un río.
Su cabello oscuro es como el ala de un pájaro.
No dudo ni por un instante que ella ame su vida.
Y quiero que se eleve de entre la miseria y el agua sucia y vuele hacia el río.
Esto probablemente no ocurra. Pero quizá sí.
Si el mundo fuera sólo dolor y lógica,
¿alguien lo querría? Claro que no.
Tampoco me refiero a algo milagroso, es sólo la luz que emana de la vida.
Me refiero a la forma en que ella dobla y desdobla el trapo azul,
a la forma en que sonrió para mí;
me refiero a la forma en que este poema está lleno de árboles y pájaros.

3. Jorge Valbuena

Nació en Facatativá, Cundinamarca, en 1985. Magíster en Estudios de la Cultura con mención en Literatura Hispanoamericana de la Universidad Andina Simón Bolívar (Quito). Integrante del comité editorial de la Revista Latinoamericana de Poesía La Raíz Invertida. Premio Departamental de Poesía de Cundinamarca (2008) por el poemario Presos; Premio de Poesía de la Revista Surgente por Los arados del parpadeo (2008); primer puesto en el Concurso Bonaventuriano de Poesía (2010); Premio Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá (2014); ganador del Concurso Nacional de Poesía Palabra de la Memoria con «Abismos del silencio» y del Concurso Nacional de Poesía «La poesía, pintura que habla» (2017).

«Onirismo adulterado o sables rodaron entre la nieve derretida»

Clave de lectura: la experiencia cotidiana donde se conjugan lo fantástico y lo real.

I
Algo de afán se cuela entre los sueños
ya es común vernos cruzar a cualquier hora
con los relojes desafinados.

Hace tiempo nos contábamos los
sueños antes de ir a la escuela
los volvíamos a soñar delante de nosotros como
en una exposición de algas marinas
y llegábamos hediendo a imaginación
con retazos de huracanes entre los bolsillos,
nos contábamos los de regreso
y la maleta llegaba ahíta de inventos
poblada de quién sabe qué pueblos

a la sala de la casa a brillar con lumbre de
meteoros cosechados
como una plastilina de luz apelmazada
que se quedaba viéndonos al fondo
de un cráter de recreos.

Fue después que aprendimos a no contarlos para
que se hicieran realidad
y a calcular el peso exacto de su llovizna
nos enseñaron una fórmula para extraer los sueños
disecionarlos y husmear sus vísceras de agobio
algo que nos dijeran lo que andaban buscando
para qué servían
a quién se iban a llevar
y dejamos de soñar en coro
en las casas del barrio y en el país vecino
empezamos a jugar a las escondidas con los sueños
a buscarnos una fronda de mar
para nuestros nidos de agua.

II

Hubo una noche que alguien soñó
que el aire se quebraba y empezaba a romperse
el mundo como un vidrio
que el tiempo era de porcelana
y el silencio de porcelana
y la vida de porcelana
y el día estuvo bastante descompuesto
nadie dijo nada, pero la matemática de los espejos
empezó a caminar por el barrio
a cerrar ventanas y voces
a quebrar reflejos entre los andenes
a enjaular sombras para ver de qué
color eran sus lágrimas
y al respiro le pusieron un atuendo de miedo
tan alto, tan grande, que no se pudo volver
a mirar a los ojos.

El mundo se extravió en alguna parte
pero conservamos una colección de apocalipsis
de todos los tamaños y colores
los alimentamos con alpiste de sueño.
A través de la ventana vemos cruzar de afán

los acordes de una pesadilla de hielo
que derrite los cauces de un grito congelado
hace tiempo.
Un taxidermista de sueños
inicia su nuevo emprendimiento.
En el local del frente hacen fila los olvidos.

LECTURA COMPLEMENTARIA

Este poema no entra en el análisis de la sesión 1 —el tiempo no alcanza para cuatro—, pero queda aquí para quien quiera seguir leyendo. Andrea Cote está programada para la sesión 3, «Poesía, violencia y locura».

4. Andrea Cote Botero

Poeta colombiana nacida en Barrancabermeja, Santander (1981). Doctora en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Pensilvania. «Azul» pertenece a Querida Beth, XXIV Premio Casa de América de Poesía Americana: un libro que la autora define como una «autobiografía por encargo» y que reconstruye la vida de su tía Beatriz Botero, migrante a Estados Unidos en 1974. Saberlo cambia la lectura del poema: el «Don» que aparece aquí es visto desde los ojos de quien llegó de afuera.

«Azul»

Como todo ciudadano modelo de este país,
Don lo adeuda prácticamente todo:
la camioneta,
la casa, la última suscripción,
los palos de golf,
la podadora, el equipo de esquiar.

En su fortín suburbano
bajo un enjambre de neumáticos y clavos
atesora el ajuar de todos sus futuros posibles
-uno de ellos muy negro-

Como todo ciudadano modelo,
se pasa el día esperando
el periódico y una revelación sobrecogedora.
Cree en los espías,
en el microbio asesino
en las conspiraciones,
en Dios y en ese acontecimiento telúrico al que llaman amor.

Cuando miro a América
en la cara de Don,



la inesperada transparencia de sus ojos
tan azules,
me desarma.

Cuando miro a América
 en la cara de Don
deseo para ella
un milagro más noble que sí misma.

Cuando miro a América
 en la cara de Don
la veo triste.

Fundación Artística Cantemos Fusagasugá · ARTBOL, Centro de Estudios Literarios · fundacioncantemos.org